

EL COSTUMBRISMO EN LA LITERATURA IBEROAMERICANA

Por *Luis Gallegos Valdés*.

ANTECEDENTES

Tenemos que remontarnos al siglo XVII en la literatura española, para hallar los orígenes del costumbrismo. Un autor madrileño, Juan de Zavaleta, escribe en esa centuria *El día de fiesta por la mañana y por la tarde en Madrid*, donde traza, con hábil pluma, y con precisión y sobriedad, no omitiendo el rasgo característico, los diversos tipos que animan el cuadro de la Villa y Corte en aquellos años en que Calderón de la Barca y Tirso de Molina eran dueños de la escena. Estos tipos son: el galán y su barbero, la dama en el tocador, el enamorado, el celoso, el enamorado, el dormilón, el poeta, el pretendiente, el cazador, los cuales aparecen por la mañana; reservando el escritor para la tarde la pintura de los acontecimientos y lugares: como la comedia, el paseo común, el estrado, el jardín, los libros, Santiago el Verde en Madrid, la pelota, el juego de las damas, el domingo de Carnestolendas por la tarde.

Un comentarista ha dicho de este costumbrista de la época clásica: "Zavaleta pinta las cosas y los hombres conforme se le ponen delante; pero él a su vez se pinta solo para pintarlas. No los mira fríamente, con mirada de pintor ingenuo que toma los pinceles y aquí verde, aquí amarillo, porque el color impresione la retina. Zavaleta examina las cosas en los adentros de ellas y en el propio adentro; con lo cual se nos aparece en seguida el moralista". (1)

Hemos leído hace algún tiempo el libro de Zavaleta; allí nos hemos encontrado con la observación aguda del hombre un poco alejado del ajetreo de la vida cortesana que, de pronto, nos sorprende introduciéndonos en lo más cotidiano de ella, como esa visita al estrado de la dama que se empeñe ante el espejo, porque, según el escritor, el afeitado lo es todo en las mujeres, tanto en las hermosas como en las feas.

Ciertos tipos que se le escapan al moralista, y que pudo haber recogido Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo* o el mismo Quevedo en sus *Sueños*, el costumbrista matritense los lleva a las páginas de sus libros, dejándolos clasificados con la aplicación y rigor de un naturalista.

En la novela picaresca española, desde *El Lazarillo de Tormes* hasta *La garduña de Sevilla*, de Alonso de Castillo Solórzano, pasando por *la Historia de la vida del buscón llamado don Pablos*, de Quevedo, la *Vida del escudero Marcos de Obregón* y otras obras de ese género, hay bastante literatura costumbrista.

El realismo de la novela española de aquel siglo contiene, como no podía ser menos, buena dosis de costumbrismo, como también lo hay en el teatro de entonces, aunque en cantidad menor. Una nota hay común a la novela picaresca y al cuadro de costumbres: la moralizadora. Al describir a estos o los otros individuos del ambiente, casi siempre con minuciosa objetividad, el costumbrista no se olvida de criticarlos, puesto que además del atuendo, nos comunica algunos datos sobre su conducta, y con ello ya tenemos al moralista, al enjuiciador del proceder ajeno.

Creo que el estudiante de literatura adelantará en la comprensión de lo que es el costumbrismo si lee alguna que otra novela picaresca de las citadas. Así tendrá, estoy seguro, una idea precisa de cuáles han sido los orígenes de este género literario que, por derecho propio, pertenece a la literatura española.

El crítico peruano Luis A. Sánchez lo define del siguiente modo: Predominio de los episodios pintorescos (a menudo reales); inclinación a la ironía, sin mengua de un ostensible amor a la costumbre descrita; cierta intención polémica, generalmente satírica, y ausencia de fines doctrinales. (2)

MAS ANTECEDENTES

La literatura española del siglo XIX cuenta con tres magníficos cultivadores del costumbrismo; ellos son: Mariano José de Larra, conocido también por el seudónimo de "Fígaro"; Serafín Estébanez Calderón, "El Solitario", como acostumbraba firmar este autor andaluz; y Ramón de Mesonero Romanos, el descriptor más puntual, minucioso y justo de Madrid, de donde era oriundo.

E. Correa Calderón, en un estudio aparecido en el *Bulletin Hispanique* (3), puede decirse que casi agota el tema en lo atañadero a los costumbristas españoles. Señala este investigador algo realmente curioso: que el costumbrismo español de las primeras décadas del siglo pasado, pese a su tendencia casticista, tenga como inspirador a un francés: Victor-Joseph Etienne, que escribía con el seudónimo de "de Jouy". Larra y Mesonero Romanos —quien tuvo un modelo en los *Scenes populaires* (París 1830), de

Henri Monnier—, se inspiraron en el costumbrismo francés, pero adaptándolo al modo de ser español. No se trataba, sin embargo, de una vil imitación, sino de la necesidad de adaptar al ambiente español de la época una tendencia literaria y social fértil. En Inglaterra, el periodista Addison, a fines del siglo XVIII, había llevado a las páginas de *El Espectador*, tipos y costumbres londinenses. Entre los años de 1831-1834, se publicó en París un volumen con artículos de costumbres debidos a diversas plumas en homenaje al arruinado librero Ladvoat. Según parece, hay allí una verdadera galería de tipos ciudadanos tomados del medio ambiente con todos sus pelos y señales. Ya estaba en el aire Balzac, creador de la *Comedia humana*. Balzac tituló su inmensa obra “estudios de costumbres”. En el prólogo de la misma hay estas frases explicativas de la concepción del genial novelista: “¿No hace la sociedad del hombre, según los círculos en que su acción se despliega, tantos hombres diferentes como existen variedades en zoología? Las diferencias entre un soldado, un obrero, un abogado, un perezoso, un sabio, un estadista, un comerciante, un marino, un poeta, un pobre, un sacerdote, son, aunque difíciles de captar, tan considerables como las que distinguen al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, a la morsa, a la oveja, etcétera”.

Con la profundidad del genio, Balzac removió las entretelas y se metió como un explorador osado en los entresijos de la sociedad francesa de su tiempo, la de la Restauración, con el triunfo y afirmación de la burguesía. De ahí el que llamase a su obra estudios de costumbres.

Hay, por lo tanto, una diferencia entre esos estudios del novelista y de sus discípulos y el cuadro de costumbres. El punto de partida es el mismo: la observación de los tipos producidos por una sociedad determinada; empero, el ojo del novelador excava; el del costumbrista se contenta con pasear la mirada superficialmente, escogiendo, más que nada, el rasgo pintoresco, el detalle curioso, la diferencia específica. El tipo, lo individual e individualizado, quedan recogidos como en un apunte hecho a la pluma; en cambio, el propósito del novelista —sea Balzac o cualquier otro gran novelista—, es no sólo tipificar, analizar, sino ahondar en un estudio pormenorizado de los caracteres. El costumbrista describe; el novelista construye. La visión del primero suele ser amable, festiva, a veces satírica; la del segundo es filosófica, lindante, en ocasiones, con el humorismo trascendental.

EL COSTUMBRISMO EN HISPANOAMERICA

De los escritores costumbristas españoles mencionados, fue Larra indudablemente quien tuvo mayor influencia en América española. “El Solitario”, estilista consumado, conocedor finísimo del habla castellana y sobre todo andaluza, no rebasó las fronteras de su patria; como tampoco las rebasó Mesonero Romanos, madrileño de la cabeza a los pies.

El más universal de ellos es Larra, cuyo "Pobrecito hablador" primero, y sus cuadros y artículos de costumbres como "El Castellano viejo" y otros después, le granjearon pronto justo renombre.

En casi toda América hispana aparecieron numerosos cultivadores del género costumbrista, llenando las páginas de los periódicos de la época con tipos y costumbres del ambiente. Junto al romanticismo inicial de los poetas, se produce esta nueva tendencia que apunta al realismo; y los escritos de "Figaro" no sólo fueron muy leídos y reproducidos sino también imitados.

Nuestras sociedades, aunque en formación, alteradas por los acontecimientos políticos de aquellos años, posteriores a la Independencia, presentaban ya, sin embargo, interesantes tipos y costumbres propios. El injerto hispano-indio-africano, con sus particularidades, contribuía a darles a aquellas sociedades, color y matices, cierta fragancia nueva, lo exótico, tan apreciado y buscado por los artistas europeos.

UN COSTUMBRISTA MEXICANO

México y el Perú, fastuosos virreinos, cuyas capitales fueron emporios de riqueza y cultura en la época colonial, dieron sus costumbristas en hora temprana. El costumbrismo es producto de las ciudades, principalmente. Los tipos campesinos, si aparecen, no son tomados en el agro, sino moviéndose en calles y plazas urbanas. Densamente poblada, la capital de México ofrecía, en los finales del siglo XVIII, aspectos interesantes en su vida múltiple y animada. *El Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, aparecido en 1816, tantas veces reeditado después, ha de incluirse dentro de la picaresca española, como dentro del marco del costumbrismo. El autor gusta de dar sus toques moralizadores y, a través del libro, el ambiente social de México, en las postrimerías de la colonia, queda fielmente descrito. (4)

En la literatura contemporánea de México cabe señalar dos nombres: Mariano Azuela, el autor de *Los de abajo*, la novela de la revolución, quien cuenta en su haber literario con más de una novela costumbrista como *La marchanta* y *Nueva burguesía*, publicadas en 1944; y José Rubén Romero, cuya *Vida inútil de Pito Pérez* puede considerarse como una deliciosa y genial novela de costumbres picarescas.

COSTUMBRISTAS CENTROAMERICANOS

En el siglo XIX, el escritor de costumbres más fecundo y significado es don José Milla y Vidaurre, "Salomé Jil" (1822-1882). Nació en la ciudad de Guatemala. Supo construir sus novelas y dar a sus relatos animación, amenidad y gracia. Espíritu sereno y objetivo, escritor castizo, en varios de sus relatos ha quedado prendida la idiosincrasia guatemalteca; es autor verda-

deramente popular por todos entendido y amado en su país. Sus principales obras: *Los nazarenos*, *Historia de un pepe*, *La Hija del Adelantado*, *Memorias de un abogado*, *Un viaje al otro mundo pasando por otras partes*, *El visitador*. Cultivó el género histórico y la novela histórica.

Otro guatemalteco ilustre, político, viajero, filólogo y polemista, representa la novela picaresca y la sátira de costumbres: Don Antonio José de Irisarri publicó efectivamente una novelita autobiográfica titulada *El cristiano errante* (Bogotá, 1847), y según Feliú y Codina “recuerda a los mejores hablistas y maestros de aquel género”. Y otra novela *Historia del perinclito Epaminondas del Cauca* (Nueva York, 1863) con el seudónimo de “El bachiller Hilario de Altagumea” traza la vida de D. Simón Rodríguez, maestro del Libertador; en ella además “retrata fielmente las costumbres de la Nueva Granada y pinta deliciosos tipos que le sirven para reírse francamente de ciertas preocupaciones de aquel tiempo”. (5)

La novela guatemalteca de fines del siglo XIX, en medio de la preocupación naturalista y social, tiene toques costumbristas como se ve en Enrique Martínez Sobral, autor de *Prosas* (1899), *Humo* (1900), *Su matrimonio y Alcohol* (1901), y en ciertas novelas cortas de Máximo Soto Hall.

En El Salvador el Dr. Hermógenes Alvarado, padre, es uno de los escasos cultivadores del costumbrismo. Escribió una novelita satírica: *Los apuros de un francés* y, además, un cuadro de lo más regocijado: *La cancha de gallos*.

“T. P. Mechín”, seudónimo del General José Ma. Peralta Lagos, es asimismo afortunado cultivador del género; suele mezclar en sus relatos lo satírico y lo festivo obteniendo apreciables logros. *Brochazos*, *La muerte de la Tórtola*, *Doctor Gonorreitigorra*, *Candidato*, son sus obras principales. Su dominio del castellano y su fina observación lo acreditan como escritor de quilates.

Sin proponérselo, Arturo Ambrogi resulta, en algunos de sus cuadros de *El libro del trópico* y de *El Jetón*, escritor de costumbres, gracias a la fidelidad en la copia de sus modelos en la cual se demora y complace.

El Dr. Alberto Rivas Bonilla, autor de los relatos y cuentos contenidos en *Me monto en un potro* y *Andanzas y malandanzas*, puede considerarse también como un magnífico escritor de costumbres.

En Honduras está Arturo Oquelí, autor de *El indio lenca*. En Costa Rica, Aquileo J. Echeverría, poeta, que escribió en verso sus *Concherías*; mas, no por eso deja de ser en mi concepto un acertado observador de las costumbres de los campesinos de su país. Deben mencionarse los *Cuentos ticos* de don Ricardo Fernández Guardia y los atinados cuadros de costumbres de “Magón”. Al novelista Jenaro Cardona se le considera, asimismo, como un buen escritor costumbrista. Don Joaquín García Monge ha escrito varios re-

latos costumbristas publicados a principios de este siglo, y deben mencionarse también los *Cuentos de mama Panchita*, de Carmen Lyra.

Cuentos panameños de la ciudad y del campo (1949), de Ignacio de J. Valdés, son obra de un narrador ameno en prosa directa. *Plenilunio*, de Rogelio J. Sinán, es una visión, o mejor, una transfiguración de la vida urbana panameña en el lustro de la guerra 1939-1945. Pero Panamá, por su contacto cosmopolita por medio del Canal, no es propicio para el costumbrismo, que prospera más en el plácido clima provinciano.

COSTUMBRISTAS SURAMERICANOS

En Suramérica, Venezuela y Colombia poseen magníficos escritores de costumbres. Quizá uno de los escritores costumbristas venezolanos más señalado sea Luis Urbaneja Archepol, introductor del nativismo en los últimos años del siglo anterior.

Durante ese mismo siglo Colombia presenta entre otros a José María Vergara y Vergara, a José Caicedo Rojas, José Manuel Marroquín, Emiro Kastos, etcétera. Dice un crítico de aquella República: "El género costumbrista, de suyo pequeño, está en la escuela santafereña ocupado por la infantería ligera del buen humor; pero el humorismo, que nada tiene de común con el epigrama, es menos frecuente... De ahí que los cuadros de costumbres santafereños den la sensación de una jarana literaria sin unidad en el tema, por la inveterada manía de las digresiones..." "El cuadro de costumbres perduró hasta fines de siglo..." (6)

Como maestro del realismo se considera en Colombia al novelista don Tomás Carrasquilla, "el último de los clásicos castellanos" como le llama Javier Arango Ferrer en su obra *La literatura de Colombia* (Buenos Aires, 1940). Carrasquilla escribió *Frutos de mi tierra* a fines del siglo pasado; sus *Cuentos de tejas arriba* se mencionan como algo verdaderamente interesante.

Humorista desgarrado y a ratos trascendental, además de fino psicólogo, es Fernando González, de Antioquia; escribió una novela, *Don Mirócle-tes*, donde retrata diversos tipos de su región y que puede ser un trasunto costumbrista si mucho seapura.

Tiéndose en Chile como fundador de la literatura nacional a José Joaquín Vallejo (1811-1858), "Jotabeche", polemista furibundo al principio de su carrera, descriptor costumbrista más tarde, y de lo más fino, en sus artículos; quien escribió estas significativas palabras: "Adoro a Larra y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones". Alone escribe: "Es el gran costumbrista de su tiempo, pintor de cuadros que se consultan como documentos psicológicos, maestro de los criollistas que vendrán".

Don Alberto Blest Gana (1830-1920) es el novelista chileno más im-

portante de la centuria pasada. En su juventud escribió artículos y cuadros de costumbres y, más tarde, en sus novelas cíclicas, llega a ser el maestro de la escuela realista.

En la novela *Un perdido* de Eduardo Barrios hay leves toques costumbristas como los hay en los libros de Luis Durand, Juan Espinosa, y Fernando Santiván, todos ellos novelistas importantes. Sin embargo, "en pocas literaturas, escribe Luis Alberto Sánchez, es más difícil deslindar lo estrictamente costumbrista del naturalismo y populismo". (7)

En la Argentina el costumbrismo se centra en la Capital. No obstante "Fray Mocho" (1848-1903) describe costumbres típicas; Guillermo E. Hudson (1841-1922) retrata los usos de la Pampa en *Tierra purpúrea* y en *El Ombú*, escritos en inglés. Roberto Payró y Horacio Quiroga, uruguayo, escriben cuentos costumbristas y Arturo Cancela, en *Tres relatos porteños*, cuadros cosmopolitas.

En el Brasil debe mencionarse a Machado de Assís como un novelista que aborda la pintura de costumbres en su novela *Don Casmurro*, declarada *best-seller* no hace mucho en los Estados Unidos.

El costumbrismo tuvo su auge en el siglo XIX; después con la aparición e intenso cultivo de la novela realista, tendió a desaparecer. Hoy en día el costumbrismo queda no más como un ingrediente del cuento y la novela, apenas perceptible, algo así como las gotas del amargo de Angostura en la preparación del fuerte coctel que es la novela social. . .

NOTAS

- (1) Luis Santullano, prólogo a *El día de fiesta por la mañana y por la tarde en Madrid*, Editorial Séneca, México, D. F., 1940.
- (2) Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Editorial Credos, Madrid, 1953.
- (3) E. Correa Calderón, "Los costumbristas españoles del siglo XIX", *Bulletin Hispanique*, tomo LI, núm. 3, 1949.
- (4) Además, conviene traer a cuento a "Micrós", famoso costumbrista mejicano del siglo XIX.
- (5) David Vela, *Literatura guatemalteca*, 2ª edición, Guatemala, 1944.
- (6) Javier Arango Ferrer, *La literatura de Colombia*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Cultura Latino-Americana, Buenos Aires, 1940.
- (7) Luis Alberto Sánchez, ob. cit.